



Somos Uno.

Del libro inconcluso Palmira y otros cuentos con semilla. Autor, Gustavo Durringer. Mar del Plata, 30 de Febrero de 2007.

Las vainas del añoso jacarandá trepidaban en la brisa suave de la mañana. Las raíces, gruesas y atormentadas no se decidían entre hundirse profundamente en la oscura tierra que lo nutría desde siempre, o terminar de alzarse para emprender el vuelo hacia aquellas regiones negras y remotas que le cobijaban por las noches.

Se erguía imponente dominando la cima de una graciosa loma y aún, en el aparentemente desierto cuadro, jamás se sintió horadado por la soledad, pues su visión sin ojos le integraba con el universo. Nada le era ajeno. Disfrutaba el canto de los pájaros porque era su propio trino. El mutuo amor de una madre con su cachorro era toda una maravilla que le sucedía a él; el rugido del mar con su antigua canción era su voz. Se mecía y era viento. Daba semillas y sentía su humanidad. Por las noches brillaba incomparable porque también era millones de estrellas.

En su unidad, el árbol también era aquél acero fabricado por el hombre; acero que un buen día se clavó en su costado, cercenando las fibras, tiñéndose de savia. Recordó entonces el corazón que un par de enamorados compartieron con el, tatuándolo en su tronco; recordó la palabra que un viajero cansado le dijo al despedirse cuando en un tórrido verano le prodigó su sombra. Gracias, le había dicho, acariciando su alma. Y pensando en esas cosas se perdió en el ensueño. Ni siquiera se dio cuenta que yacía de lado, con muchas ramas rotas y nidos esparcidos; su luz se fue apagando y al llegar la mañana, le confió sus dones más preciados a esa tierra, su amiga de siempre. Le dio un recuerdo de amor y la gratitud de aquel viejo.

La tierra lo veló, honrando su paso mientras pensaba qué haría con aquellos presentes. Finalmente, los depositó en una pequeña semilla que yacía latente para continuar ese viaje eterno que el árbol había iniciado. Y así fueron pasando los años.

El joven ejemplar se hizo hermoso y vivía en la misma colina en que solía hacerlo su ancestro; allí enraizó tan profundo que ni el viento más fuerte podría derribarlo y fue entonces, durante un largo tiempo, seguro refugio para muchas generaciones de pájaros.

Una tarde, la oscuridad llegó más temprano; al tiempo en que una gran tormenta se avecinaba; comenzó a oír lejanos gritos llevados por el viento. Gente con linternas corría hacia su loma.

Primero vio al pequeño que avanzaba errante y extraviado; también notó el peligro. Resultó ser que el niño era el nieto del leñador vecino y por un momento, la memoria grabada en sus células le sacudió, aunque muy a tiempo consiguió sacársela de encima, pues si el niño ascendía a la loma, podía ser fácil presa del rayo. La gente no llegaría en el momento necesario ya que aún no le había visto.

Sin siquiera dudarle, erguido y desafiante, le gritó a la tormenta:

___ ¡Aquí! ¡Descarga esa furia que te consume!

___ Nada tengo contigo -contestó la tormenta.

___ Va a resultar que solo eres una pompa rabiosa –le respondió el árbol. Mi erguida presencia es todo un desafío y sabes bien, que ni aún utilizando todo tu poder podrías lastimarme.

Y eso bastó.

Condensando toda su furia, la tormenta profirió un juramento en forma de blanquísimo rayo, el cual partió al jacarandá en todo su largo. Un instante sin tiempo flotó en el aire pero el árbol herido de muerte se mantuvo de pie, humeante y crepitando.

Lo había logrado; la tormenta vacilante no tuvo más remedio que marcharse de allí, vacía y meditando en lo que había sucedido; los hombres, agujoneados por el miedo de un niño extraviado y también por sus propios temores, redoblaron su esfuerzo guiados ahora por una antorcha que flameaba en la cima. Mucho antes de llegar allí, encontraron al pequeño, mojado pero vivo. Y fue tal el regocijo que no repararon en nada más pues la tormenta amainaba.

Otra vez la tierra recibía a un hermano, a un árbol que se salvó a sí mismo en la vida de un niño, desterrando el rencor.

En vano, esta buscó una semilla para alentarla a seguir y, al no hallarla, entonces de su carne, de su propia naturaleza, comenzó a cubrir los despojos del héroe y hoy en día, el árbol es una roca que descansa en la cima; nadie conoce la verdadera historia pero, vaya uno a saber por qué motivo, los lugareños suelen llamarla la Piedra del Rayo.